

sen, supuesto que le habían jurado no pasar el Ganges? Para los Macedonios todo era objeto de admiracion y espantos veian un nuevo cielo, un nuevo clima, nuevas estaciones, todo nuevo. Hasta los naturales del pais les causaron una extrañeza indecible, al verles poblar las dos riberas del caudaloso Indo. Los Macedonios saltan en tierra, acompañándoles el dulce canto de los marineros, y sonido armonioso de música guerrera. Todo esto parecia una pompa triunfal de la gloria de Alexandro. Esta navegacion se arreglaba por los movimientos que hacia el ejército de tierra, y que iba costeciendo los bordes del rio. Al fin llegaron á la confluencia de los rios el Acesino y el Indo; entonces Alexandro con el mismo espíritu que le hizo concebir tamaña empresa, inspiró á sus tropas la fundacion de una segunda Alexandria. Un nuevo peligro les asalta, peligro desconocido, y capaz de arredrar á otro genio que no fuese el de Alexandro; que es decir, el flujo y reflujo que se experimentaba en las bocas del Indo. Parecia á los Macedonios que el Océano iba á sepultarles en un abismo de aguas, que la naturaleza se les habia declarado su enemiga, y hasta el cielo le consideraron vengador y fulminante. ¿Y Alexandro? ¿Alexandro? Colocado en uno de los baxeles, no serena las olas encrespadas, pero apacigua la discordia, reanima la timidez, y con voz triunfadora sosiega á su falange ya sobresaltada con pasmo extraordinario. ¿Qué es verle en el pais de los Malieneses? ¿qué en el de los belicosos Oxidraques? Los altos muros de aquellas fortalezas se rinden al esfuerzo de este guerrero, que sube el primero en la escalada. Los tiros del furioso enemigo caen sobre sus espaldas; pero él impávido, impertérrito, se burla de la sangre que corria por las heridas. De este modo apaciguó la fatal discordia, que con hacha en la mano discurría por los reales de su ejército. Tal empresa le concedió la gloria de que uniese por el comercio el Mediterráneo y el Océano Indico, y le acarreó tambien toda su prosperidad. No fué á él solo, á toda la especie humana; pues entonces se echaron los cimientos del soberbio edificio del gran comercio, que despues enriqueció á Roma y Constantinopla, Venecia y Génova. Aquí es donde se separaron Alexandro, y su amigo Nearco.

*Se concluirá.*

